

# REVISTA CASTELLANA

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

---

AÑO VIII    VALLADOLID, FEBRERO 1924    NÚM. 45

---

## LOS CONTINUADORES DE "EL DIABLO-MUNDO"

Martínez Villergas, aquel implacable safrico que formaba juicio cerrado sobre una obra o un autor y le formulaba con la mayor crudeza, referíase en cierta ocasión al prólogo escrito por Ros de Olano a *El Diablo-Mundo*, y decía que éste era un «poema sin pies ni cabeza, plagado de extravagancias y de ripios, que, aun sin estos enormes defectos, sería indigno de la importancia que han querido darle, por carecer de originalidad, pues no pasa de ser una copia imperfecta y rastrera de algunas de esas obras, y principalmente del *Fausto*, tan desdeñosamente tratado por el autor del prólogo en cuestión.» Ciertamente que el autor de *El diablo las carga*—figura curiosísima, de quien he de hablar en otra ocasión—, llegó a la hipérbole en el elogio a Espronceda, dándole como igual o superior a Homero, Dante, Shakespeare y Goethe; pero no lo es menos que el donoso Villergas tampoco acertó a comprender la suma de bellezas que, en medio de sus incongruencias, encierra *El Diablo-Mundo*.

Espronceda indudablemente comenzó *El Diablo-Mundo* sin un plan preconcebido. Quiso hacer un *Fausto*, para lo cual tal vez tendría un punto de mira o tesis informativa; pero ni sabía por qué medios había de llegar al fin, ni cómo habían de entremetarse los sucesos. Sabido es que *El Diablo-Mundo* se publicó por entregas, y que el mismo Espronceda, dando a entender que de la aceptación del público dependía que la obra continuase o no, decía al final del primer canto:

Y porque fatigarte más no quiero,  
caro lector, al otro canto espera,  
el cual sin falta seguirá, se entiende  
si éste te gusta y la edición se vende.

Esta forma de publicación fué muy utilizada por los editores de aquellos años. ¿Que la obra gustaba y tenía suscritores? Salían más y más entregas, hasta donde el autor quisiera prolongarla. ¿Que, por el contrario, tenía mala acogida? Quedaba truncada en los primeros cuadernos. La escasez de recursos en que discurría la mayor parte de los poetas y novelistas, facilitaba tales procedimientos a los editores; y es fama que de todos éstos hubiera podido decirse lo que años después dijo Granés de uno de ellos:

Ay de los que se descuiden  
al vender obras a Hidalgo,  
pues cuando compra no es *ídem*.  
Se llama Hidalgo *y da algo*,  
pero no lo que le piden.

Miguel de los Santos Alvarez, el poeta vallisoletano amigo de Espronceda, publicó en esta forma su poema *María*; y en el prólogo, con la ironía en él acostumbrada, insertaba unas palabras que conviene conocer: «Bien quisiera yo publicar de una vez, lo que ha de ir llegando por entregas a manos de los lectores; pero a esto se oponen una multitud de razones, entre las cuales no es la menor la de que no se puede prescindir de una sabia y previsora economía tipográfica en un país donde tan a peligro están de ser defraudadas las más sabias y justas esperanzas de los más sabios y justos editores. Quiero yo mucho al mío para exponerle a grandes gastos, y bien sabe Dios que me intereso de todo corazón en sus ganancias, y por eso, uno y otro hemos adoptado este sistema de publicación, sistema prudentísimo, en el cual se arriesga muy poco, y que nos pone a cubierto de las pérdidas que de publicar una obra larga podríamos experimentar, y más que experimentar, sentir, en el estado de amable atraso y de deliciosa indiferencia en que con respecto a la literatura se encuentra nuestra hermosa España.»

Y, en efecto, de *Marfa* no se publicó más que el canto primero; si bien cabe suponer que la suspensión obedeció, más que a fracaso de la edición, a la ingénita pereza de Miguel de los Santos Alvarez, que malogró casi por completo sus privilegiadas facultades.

Como *El Diablo-Mundo* se publicó por entregas, Espronceda escribía a medida que éstas se imprimían. El poema, por fallecimiento del poeta, no pasó de la séptima entrega. ¿Qué pensamiento generador le informaba? ¿A dónde iba a parar aquel buen *Adán*, rejuvenecido de la noche a la mañana, preso después entre pillos y rateros, ardientemente amado de *la Sallada*, ansioso luego de riquezas, alternativamente impulsado al robo y a la compasión? ¿Qué problema llevaba en su alma aquel hombre-niño, nacido a la vida con las energías de un atleta y la inocencia de un infante, desconocedor del bien y del mal, mezcla extraña de instintos animales y de finos sentimientos? En el primer canto dejaba entrever Espronceda su plan en estos versos, que anuncian ambiciosos propósitos, y que, aun descartando lo que en ellos pueda haber de hipérbole humorística, hacen creer que estaba reservada al héroe del poema una trascendental misión simbólica de complejas y sutiles relaciones:

Nada menos te ofrezco que un poema  
con lances raros y revuelto asunto,  
de nuestro mundo y sociedad emblema,  
que hemos de recorrer punto por punto.  
Si logro yo desenvolver mi tema,  
fiel traslado ha de ser, cierto trasunto  
de la vida del hombre, y la quimera  
tras de que va la humanidad entera.

Sospecho yo que *Adán* representa la insaciable avidez del espíritu humano, que busca siempre el *más allá* y nunca queda satisfecho. Y sospecho también que Espronceda hubiera dado otro giro al poema, que le aproximara más al *Fausto* o al *Don Juan*, de no haberse cruzado, al aparecer las primeras entregas, la mortificante frase del conde de Toreno, que tan vivamente le hirió y dió lugar en la siguiente entrega del poema a unos ver-

sos, muy duros ciertamente, pero no tanto como los que al propio Conde dirigió en varias ocasiones Martínez Villergas. Por cierto que esta circunstancia dió nuevo motivo a Espronceda para imitar a Lord Byron, el cual, en la dedicatoria del *Don Juan*, pone cual digan dueñas al marqués de Londonderry, político y orador, como el conde de Toreno.

¿A qué *originales* se refería el conde de Toreno? Hoy esta cuestión está ya resuelta. Espronceda se parece a Byron como el hijo al padre. Churchman ha sacado la consecuencia, como hubiera podido sacarla cualquiera que hiciera el cotejo entre ambos, de que en el poeta español hay aquella poderosa influencia que el poeta inglés ejerció sobre todos los que siguieron sus huellas; pero nada que tenga el menor asomo de plagio. De idéntica manera Luisa Banal, en su estudio sobre *Il pessimismo di Espronceda e alcuni rapporti col pensiero di Leopardi*, ha encontrado analogías entre el español y el italiano, y análogamente podrían señalarse entre todos cuantos bebían en la amarga fuente byroniana. Espronceda no plagiaba a nadie. Tenía suficiente energía creadora para infundir vida nueva al sentimiento unánime, y para escribir como en broma y por entregas un poema de honda concepción, cosa que a la verdad no hicieron los demás poetas sus congéneres.

Y, sin embargo, creo yo que a quien más presente tuvo Espronceda al escribir *El Diablo-Mundo*, fué a Alfredo de Musset en su *Namouna*, sin que esto suponga tampoco nada de plagio, ni siquiera de imitación. Se trata, aparte del tono de humorismo que tiene un origen común en Byron, de pormenores sueltos. No puede ser casual, por ejemplo, la coincidencia entre unos versos muy conocidos de *El Diablo-Mundo* y otros de *Namouna*:

Que siendo al alma la materia odiosa,  
aquí, para vivir en santa calma,  
o sobra la materia o sobra el alma.

Ah! c'est un grand malheur, quand on a le cœur tendre,  
Que ce lien de fer que la nature a mis  
Entre l'âme et le corps, ces frères ennemis.

Espronceda, como Musset, se pierde en divagaciones sobre la felicidad de la vida cifrada en los sueños venturosos:

Dicha es soñar cuando despierto sueña  
el corazón del hombre su esperanza,  
su mente halaga la ilusión risueña  
y el bien presente al venidero alcanza;  
y tras la aérea y luminosa enseña  
del entusiasmo, el ánimo se lanza  
bajo un cielo de luz y de colores,  
campos pintando de fragantes flores...

Oui, dormir, —et rêver!— Ah! que la vie est belle,  
Quand un rêve divin fait sur sa nudité  
Pleuvoir les rayons d'or de son prisme enchanté!  
Frais comme la rosée, et fils du ciel comme elle!  
Jeune oiseau de la nuit, qui, sans mouiller son aile,  
Voltige sus les mers de la réalité!

Musset suponía que habían de tenerle por plagiaro o imitador de Byron, y se adelantaba a la acusación haciendo ver la imposibilidad de decir nada nuevo:

Byron, me direz-vous, m'a servi de modèle.  
Vous ne savez donc pas qu'il imitait Pulci?  
Lisez les italiens, vous verrez s'il les vole.  
Rien n'appartient à rien, tout appartient à tous.  
Il faut être ignorant comme un maître d'école  
Pour se flatter de dire une seule parole  
Que personne ici-bas n'ait pu dire avant vous.  
C'est imiter quelqu'un que de planter des choux.

Y cosa muy parecida dice Espronceda:

*Nihil novum sub sole*, dijo el sabio,  
*nada hay nuevo en el mundo*: harto lo siento,  
que, como dicen vulgarmente, rabio  
yo por probar un nuevo sentimiento...

¿Y no habré yo de repetirme a veces,  
decir también lo que otros ya dijeron,  
a mí, a quien quedan ya sólo las heces  
del rico manantial en que bebieron?  
¿Qué habré yo de decir que ya con creces  
no hayan dicho tal vez los que murieron,  
Byron y Calderón, Shakespeare, Cervantes  
y tantos otros que vivieron antes?

No. Ni a Byron, ni a Musset, ni a nadie plagiaba Espronceda, porque esas analogías que entre ellos se observan eran

solamente el *aire de familia*, o cuando más leves reminiscencias. Y, como antes insinuaba, la simple sospecha de que se le pudiera creer servil imitador de poetas extranjeros hizole tal vez dar un giro especial al asunto de su poema. Acaso por ello hizo que Adán fuese a la cárcel, y oyese las lecciones que en *caló* le daba el tío Lucas, y viviese en Lavapiés, y asistiera a las tabernas frecuentadas por manolos y gente del hampa; cosas todas de ambiente español, y que no podía haber visto en autor alguno.

Pero es el caso que Espronceda murió en 1842, cuando *El Diablo-Mundo* no había pasado del canto sexto, y que no es posible adivinar el desarrollo que hubiera dado a su poema para que Adán, quizá con el concurso de algún otro personaje, llevase a la demostración la tesis fundamental, no muy clara tampoco, por ese truncamiento del poema. No puede sorprender que más de un poeta sintiese la tentación de continuar y poner término a *El Diablo-Mundo*, acaso con el deseo de unir para siempre su nombre al de Espronceda.

\*\*\*

Don Pedro Antonio de Alarcón, en la *Historia de mis libros*, escribe: «Prosiguiendo la historia de mis *Poesías*... diré que, entre lo quemado, en otra hoguera posterior, figura una *Continuación de El Diablo-Mundo*, principiada en Guadix en 1851, proseguida en Madrid en 1853, y anulada completamente por la que publicó al poco tiempo el insigne amigo de Espronceda, don Miguel de los Santos Alvarez.»

Quemada, pues, esta continuación de *El Diablo-Mundo*, ignoramos lo que sería; aunque debemos suponer que no alcanzaría mucha extensión ni tendría especial mérito, ya que el propio Alarcón la consideró anulada por la de Alvarez, que se reduce a un solo canto y tampoco encierra valor extraordinario.

Porque el poeta vallisoletano no estuvo muy afortunado al proseguir la obra de Espronceda. Amigo íntimo de éste desde su llegada a Madrid en 1836, hubiera podido conocer el plan de

*El Diablo-Mundo*, caso de que Espronceda hubiera formado un plan; pero por algo el malogrado poeta pudo decir que *allá van versos donde va mi gusto*. Es posible, como ya he dicho, que Espronceda tuviera una mira final para su poema, como si dijéramos una tesis. Los pormenores y episodios necesarios para su demostración, probablemente salían a medida que el editor pedía más original.

Y nadie más a propósito para continuar *El Diablo-Mundo* que Miguel de los Santos Alvarez. En 1840 había publicado su poema *María*, igualmente inconcluso. Este poema, en que está el más inmediato precedente de *El Diablo-Mundo*, llevaba una dedicatoria redactada en estos términos: «A su querido Pepe Espronceda, Miguel.—Ahí va, Pepe mío, una dedicatoria que no tiene nada que ver con el público; que es para ti solo; tan informal y tan cariñosa como nuestra amistad.» Una octava de este poema puso Espronceda como encabezamiento de su canto a Teresa. En el mismo texto de *El Diablo-Mundo*, hay alguna reminiscencia de *María*, como aquellos dos versos:

Que la mujer al cabo menos lista  
tiene en su corazón algo de artista;

que recuerdan otros dos de Alvarez:

Si las mujeres tienen, las más listas,  
un tanto cuanto de materialistas.

Y es que entre los literatos, los jóvenes en especial, *María* tuvo evidente resonancia y produjo desusado efecto. Valera, en *Pepita Jiménez*, y sin citar al autor, alega otros dos versos de *María*, que sin duda recordaba de su juventud:

Que la dejó a su muerte  
sólo su honrosa espada por herencia.

Digo que *María* es el más inmediato precedente de *El Diablo-Mundo*, sólo por lo que al elemento humorístico se refiere; que el poema de Alvarez, si tal vez hubiera contenido un asunto

de orden social, no parece que se encaminara a desentrañar problemas trascendentales. Más cierto es—pues Alvarez, por donde quiera que se le mire, y a pesar de su escasa producción, ejerció una influencia que hoy se desconoce—, que *María* puede considerarse como el fundamento de los *Pequeños poemas*, de Campoamor.

Alvarez, que al llegar a Madrid se juntó inseparablemente a su paisano y fraternal amigo José Zorrilla, remitió luego en esta relación continua para unirse íntimamente a Espronceda. Juntos pasaban las horas, con frecuencia en el hospedaje de Alvarez, charlando y consolándose en sus cuifas; juntos escribieron un fragmento de poema, de subidísimo color verde, sobre *Dido y Eneas*, que aun está inédito en la Biblioteca Nacional; juntos leerían a Goethe, a Byron, a Musset, a Hugo y Dumas. A la muerte de su amigo recordaba Alvarez aquellas horas felices y la mesa en que pergeñaban sus versos:

Este es el velador aquél, testigo  
de nuestras largas íntimas veladas,  
continuación del fiel diálogo amigo,  
interminable y loco, alegre o triste,  
que mil veces nos trajo a la memoria  
aquel continuo hablar en las posadas,  
en aire y fuego y agua, heridos, sanos,  
de aquellos dos en la locura hermanos  
héroes que añadió el divino chiste  
del buen Cervantes a la humana historia.

¡Y cuántas veces súbito se armaba  
en mesa el velador, y los papeles  
sucios de prosa y versos se mudaba  
por ponerse blanquísimos manteles!

Y seguía la plática, sabrosa  
más aún que la cena improvisada,  
cuanto menos formal, más cariñosa.  
Entre nosotros dos, la mesa amada.

Aquellas lecturas, acaso las de *Namouna* y *Rolla* más que ninguna otra, indujeron probablemente a Miguel de los Santos Alvarez a escribir *María*, y después a Espronceda *El Diablo-Mundo*. He aquí en qué sentido, y visto por el lado romántico grato a Juan Pablo, el poema de Alvarez es precedente del de Espronceda.

El humorismo escéptico de escuela aparece en *María* en tonos parecidos a los que luego adopta Espronceda. Tal en la famosa octava de *¡Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno!* y en las sucesivas, que conservarán siempre su valor irónico. Y en las transiciones que son también nota característica del género, Alvarez es maestro, y difícilmente se habrá matizado con más eficacia esa ondulación que del razonamiento filosófico o seudofilosófico lleva a la expresión de sentimientos delicadísimos o a una identificación emotiva con las vibraciones de la naturaleza.

Por eso es raro que en la continuación de *El Diablo-Mundo* estuviese Alvarez poco afortunado. No escribió más que un canto, el séptimo, y en él se limita a tomar la acción en el punto donde la dejó Espronceda—la triste escena en que doña María y Adán contemplan el cadáver de Lucía—, para añadir pocos e insignificantes pormenores. Espronceda había suspendido su relato en un momento que, si no mienten los indicios, preparaba algún suceso extraordinario o de orden sobrenatural. Las dudas que asaltan a Adán sobre el poderío y conducta de Dios, concepto para él desconocido, sus conjeturas sobre la posibilidad de ablandar el rigor divino, y el rezo o juramento con que la vieja cierra sus palabras, hacían esperar que el remate de aquel suceso no fuese el de una vulgar historia de amores. ¡Quién sabe si Espronceda pensaba que la desventurada Lucía, por medios milagrosos, volviese de nuevo a la vida humana!

Alvarez redujo su canto séptimo a un largo monólogo en que doña María refiere a Adán la historia de su hija. Doña María, no obstante comandar el lupanar—obsérvese la semejanza con *María*—, tenía a su hija aislada de todo pecado; un joven rico, don Luis, ve a Lucía, la enamora y se la arrebató a su madre; al cabo de algún tiempo, arrastrado de los celos, el galán abandona a la joven, no sin pagarla con lo que él creía suficiente recompensa:

Y poniendo a buen precio el sentimiento,  
a duro el beso, cálculos seguros,  
treinta mil besos son treinta mil duros.

Y Lucía llega desolada a la puerta de su madre, y cae en los umbrales exánime, y muerta desde entonces de amor su alma, bien pronto muere también su cuerpo:

¡Hija de mis entrañas!... En mi seno  
no encontraste a tal pena medicinal!...  
¡Qué amor de madre, por más grande y bueno,  
puede arrancar otra amorosa espinal!  
¡Contra tu negro y áspero veneno  
no había yerba humana ni divinal!...  
Algunas veces el amor se calma,  
mas no si ha herido el alma de nuestra alma.

Y con la presencia de tres hombres, que se llevan el cadáver de Lucía, termina esta frustrada continuación de *El Diablo-Mundo*, que no fué enteramente digna, repito, ni del continuado ni del continuador.

\* \* \*

Hubo otro poeta de más decisión y arrestos que puso término, como Dios le dió a entender, al poema esproncediano. Fué don Maximino Carrillo de Albornoz. Su obra se publicó en 1867, y aun alcanzó la segunda edición en 1871.

Carrillo de Albornoz era malagueño. Colaboró en diferentes periódicos, escribió novelas y dió alguna obra al teatro. Pero acaso el lector le recordará mejor si le digo que fué él quien puso en verso el *Don Quijote de la Mancha*... Cuatro tomos de verso nutrido costó al poeta-cervantófilo su arriscado empeño, a partir de aquellos versos:

En un lugar de la Mancha  
de cuyo nombre acordarse  
no quiso, aunque bien pudiera,  
el gran Miguel de Cervantes,  
nació y vivió un buen hidalgo  
de presuncioso (*sic*) linaje,  
lanza en astillero, adarga  
y espadón recio y cortante.

Era de rostro moreno,  
asaz enjuto de carnes,  
hombre de honestas costumbres  
si bien de fiero talante.

Frisaba ya en los diez lustros  
o cincuenta años cabales,  
y diz que nunca fué bello  
aunque ostentara buen tallo.

Una sobrina y un ama  
cuidaban de su menaje,  
y él, de la hacienda enfermiza  
que le legaron sus padres.

Tenía un flaco rocín  
y sutil como un alambre,  
galgo listo y corredor  
que diz que se bebe el aire.

Vestía su vellorí  
que cortó bien un mal sastre  
y usaba en días de fiesta  
un buen sayo de velarte.

Lentejas diz que comía  
los viernes, lunes o martes,  
y el domingo un palomino  
para más refocilarse...

Y así sucesivamente, hasta la muerte del hidalgo manchego. La empresa, a la verdad, era de titanes, y ya el poeta hace ver sus dificultades y la paciencia que requería:

Hay, sin embargo, que hacer  
de las tripas corazón,  
salga pez, o salga rana,  
o alguna cosa peor...

Nosotros al edificio  
que un gran genio levantó,  
añadimos el adorno  
de la versificación.

Si al hacerlo no llenamos  
los deseos del lector,  
téngase al menos presente  
que fué sana la intención...

Así y todo, este trabajo  
es de consideración,  
pues gran suma de paciencia  
por lo menos exigió.

Reconozcamos al poeta la intención sana y la paciencia a toda prueba, y en gracia a ellas perdonémosle la profanación y los ripios.

Quien tuvo paciencia para poner *El Quijote* en verso, ¿no había de tenerla para continuar *El Diabio-Mundo*? Diez y

ocho cantos escribió con tal objeto, hasta rematar el asunto, y superó—en cantidad—lo menos cinco veces a lo escrito por Espronceda.

Paciencia grande fué la del poeta; pero ha de ser mayor la del lector que intente echarse a pechos aquella incansable serie de lances absurdos, intrigas de folletín malo y relatos cargantes. Justificase también el poeta, diciendo en una nota que no se presentaba como *continuador*, sino sólo como autor de *una segunda parte*, y añade: «He dejado intacto el palacio sin construir nada sobre él; he buscado sombra a sus espaldas y levantado a cierta distancia mi edificio con materiales míos.» Y en el comienzo, sometiéndose al fallo del mundo, escribe:

De Espronceda seguir quiero atrevido  
las huellas que trazó en su *Diablo-Mundo*;  
quiero anudar el hilo interrumpido  
aunque es arduo el proyecto en que me fundo.

Si el plectro es rudo, y tardo y dolorido,  
y el ingenio incapaz, pobre, infecundo,  
que el mundo me castigue porque intento  
a un cadáver robar el pensamiento.

Lo cierto es que Carrillo de Albornoz, lejos de edificar separadamente de Espronceda, toma sus propios personajes y les agrega muchos más. Y con todo, más que una continuación de *El Diablo-Mundo*, parece su obra un remedo de *Los Misterios de París*. Es un novelón versificado, con raptos, asesinatos, envenenamientos y todas cuantas peripecias pudiera concebir el más desafortunado imitador de Eugenio Sué.

Claro es que con esto desaparece por completo la índole filosófica del poema. A Carrillo de Albornoz no le importan los problemas, ni se preocupa de que Espronceda pudiera haber planteado alguno. Verdad es que hace comparecer al genio del mal, que cuenta a Adán cosas muy variadas y se descubre a él de este modo:

Si ya no adivinaste  
quién soy, aunque te asombre,  
pronunciaré mi nombre  
según te prometí.

Yo soy Satán, que vengo  
del bárraro profundo;  
yo soy *El Diablo-Mundo*;  
inclínate ante mí.

Satán, entre un tumulto de voces desacordes, en que se oyen palabras de virtud y de perfidia, coreadas por los demonios, deja impreso en Adán su maléfico aliento:

¡Descansa! ¡Desdichado!  
Tu vida emponzoñé.  
Tan sólo ya me resta  
mostrarte mi poder,  
haciendo que vislumbres  
la dicha que pondré  
delante de tus ojos  
allí donde tú estés,  
para amenguarla luego  
con bárbaro placer.  
Irás por ese mundo  
y yo contigo iré.  
Tendrás riqueza, honores  
que habrás de aborrecer.  
¡Descansa! ¡Desdichado!  
Mañana te daré  
violentas emociones  
que hallar quisiste ayer.  
Descansa, yo entretanto  
mis planes fraguaré.  
¡Legiones de demonios,  
a mi mansión volved!

A la terminación del poema, Satán quiere llevarse a Adán; pero como al *Don Juan* de Zorrilla—Carrillo de Albornoz imita frecuentemente a Zorrilla, y aún cita versos suyos—, le redime el amor de su amada, Julia, la condesa de Alcira. Y Adán viene a morir en casa de Don Liborio, el concejal y tendero de la calle de Alcalá, donde plugo a Espronceda hacer el rejuvenecimiento de su héroe.

Pero todo esto ocurre a vueltas de infinitas aventuras desatinadas, en las cuales Carrillo de Albornoz echa por tierra todos los antecedentes hallados en Espronceda. La Salada no es la Salada, esto es, no es la hija del tío Lucas; es nada menos que hija del duque de Casa-Egregia. En cambio la condesa de Alcira resulta hija del tío Lucas. Una sustitución de niñas, que no desdeñarían Pérez Escrich o Torcuato Tárrago, da lugar al

*quid pro quo*. *El Cura*, que en el poema de Espronceda responde a un tipo tomado de la realidad, se convierte aquí en un monstruo horripilante, bien que arrepentido al caer moribundo bajo el puñal del *Pupas*. Adán es un muñeco, incapaz de simbolizar nada ni de resolver ninguna tesis. Y los demás personajes que introduce Carrillo de Albornoz, no hacen más que contribuir con más o menos intensidad al desdichado embrollo folletinesco.

La empresa de continuar *El Diablo-Mundo* vino, en suma, a fracasar siempre que se intentó. No podía ocurrir otra cosa. Espronceda había puesto en el poema su espíritu, su idealidad, y difícilmente podría suplantarlos ningún otro poeta. Pedro Antonio de Alarcón quemó sus cuartillas; Miguel de los Santos Alvarez no pasó de añadir un canto; y solamente osó llegar a la terminación quien, por formar en las filas de la mediocridad, esperaba que se perdonaría su audacia en atención a «su buen deseo.» Si esta declaración es incierta y Carrillo de Albornoz soñó alguna vez en unir su gloria a la de Espronceda, habrá también que perdonar indulgentemente los temerarios deseos del fantasioso poeta.

NARCISO ALONSO CORTÉS



## TODO LO QUE MUERE ES ASÍ...



### I

Está en su butaca la fatarabuela.  
 —La tarde agoniza sobre la ciudad—.  
 La fatarabuela ya no ve ni escucha.  
 Tiene ya cien años. ¡Quién sabe si más!

¡Cómo está de muda de melancolía!  
—La tarde agoniza sobre la ciudad—.  
Aunque apenas mira la tatarabuela,  
siente la fristeza de lo que se va.

—«Qué triste, dijo, está la tarde!»—  
tan quedamente, como si  
cuando decía lo que dijo  
sólo pensara su decir.

Y prosiguió la viejecita:  
«Todo lo que muere es así...»

## II

Levántase luego. Mi brazo la ayuda.  
Para su aposento, silenciosa, va.  
Va encorvada y tiembla la tatarabuela,  
porque lleva a cuestas su longevidad.

Entra al aposento lleno de tiniebla.  
Oyense sus pasos en la oscuridad.  
También ella deja tras su andar que tiembla  
la melancolía de lo que se va.

Y a punto que ella se alejaba,  
dijeme yo, viéndola ir:  
«Triste como ella está la tarde.  
Todo lo que muere es así...»

## III

Ayer la llevamos para el camposanto.  
Tarde de tristezas y de temporal.  
Se extinguió sin hipos la tatarabuela  
cerrando sus ojos en la oscuridad.

Y hoy... cuando digo «adiós», y cuando  
una ilusión declina, y

cuando una rosa mañanera  
se me marchita en mi jardín,

¿por qué volvéis, tatarabuena,  
del cementerio que hay en mí?...

¿para decirme, como entonces,  
«Todo lo que muere es así?...»

SANTIAGO ARGÜELLO

New York, 1924.



## EL ALBUM <sup>(1)</sup>

Este viejo album familiar  
guarda en sus hojas amarillas  
las imágenes graves de unos graves señores  
que hace ya mucho tiempo pasaron por la vida.

Y he aquí que las horas  
son largas y propicias  
a toda evocación. Así, mientras el viento  
fuera de casa estremecido grita,  
bajo la luna de oro que refleja la lámpara  
Marichu va pasando las hojas desvaídas  
del album, con sus dedos  
de Virgen bizantina.

En esta página primera  
una elegante de otros días  
con su peinado «a la romana»,  
muestra el pañuelo de batista  
sobre el pomposo miriñaque  
que se hinche bajo el talle como una peonía.

---

(1) Forma parte de una serie que se titula «Decires a Marichu cuando tenía diez y siete años».

Este señor, que casi desaparece  
bajo la capa, en la que brillan  
unos broches de oro sutilmente labrados,  
y lleva unos pulidos  
zapatos con hebilla,  
fué amigo de don Juan Alvarez Méndez  
y pudo—a haber querido—rayar alto en política.  
Ya se advierte en su porte distinguido  
y en su cabeza noblemente erguida  
y en los severos labios que se pliegan  
entre la sombra oscura de las grises patillas.

Esta muchacha rubia  
con sus ojuelos de paloma tímida,  
su vestido con cuatro sobrefaldas de encaje  
y su peinado en ondas menudas y prolijas,  
oyó recitar versos  
a don José Zorrilla  
—que al leerlos temblaba, como tiembla  
el pájaro en la jaula cuando trina—  
y ha derramado lágrimas innúmeras  
releyendo a hurtadillas  
las gustosas novelas que escribieron  
don Wenceslao Ayguals de Izco  
y don Ramón Ortega y Frías.

Y van pasando ante los ojos claros  
este joven señor con su *tubina*,  
este otro, tan apuesto, con su saqué impecable  
ribeteado de trencilla  
y este grupo ejemplar, en que se toman  
de la mano dos niñas  
—unas faldas rayadas  
llegan a media pierna, y orlado de puntillas  
el pantalón desciende pudoroso  
hasta el pie breve...—

Pasan las hojas desvaídas  
 ante los ojos claros, divinamente claros  
 como cielo vernal después de una llovizna,  
 y hay en los labios húmedos, tenue como un recuerdo,  
 tímida, como un sol que nace, una sonrisa.

Carcajada de plata  
 por los alegres labios contenida  
 como un arroyo musical que corre  
 bajo un manto de flores vivas  
 ¡suena, trino de alondra!  
 ¡salta, temblante surtidor de risa!

La vida es para ti como un embrujamiento,  
 un almohadón de raso sobre quien te reclinabas.

¡Qué sabes tú, cabecita de nácar,  
 que sabes tú de la melancolía  
 que así, como un perfume sutil de flores secas,  
 el album guarda entre sus hojas amarillas!

A. TORRE RUIZ



## CRÓNICA

(DIÁLOGO ENTRE UN IDEALISTA Y UN HOMBRE PRÁCTICO)

EL IDEALISTA.—Acabo de oír a un amigo, con alarma y con asombro, que la dignidad y la honradez son dos «cosas» que estorban para andar por el mundo.

EL HOMBRE PRÁCTICO.—No se asombre usted, amigo mío; el que le ha dicho a usted *eso* conoce perfectamente el *medio* en que vive, y todos los valores *positivos* de la vida moderna.

I.—Pero ¿no hemos convenido en que vivimos en tiempos de una asombrosa civilización?

H. P.—Mire, *eso* de la civilización es otra cosa más convencional todavía que lo de la honradez y la dignidad.

I.—Naturalmente, pero para ustedes los hombres prácticos y positivistas. Porque su mirada no se ha levantado del ras de tierra y carecen ustedes de visualidad para poder apreciar todas las virtudes morales de la vida.

H. P.—Déjese usted de virtudes morales. Usted habla muy bien, y siente muy bien todas esas virtudes, y las defiende usted muy bien, y hasta tiene el sacrificio de practicarlas. Pero mírese en su propio ejemplo. Con todo ese caudal de lo que llama usted virtudes morales, y para mí no son más que *tonterías*, no va echando usted muy buen pelo que digamos.

I.—Es lo de siempre; ustedes lo reducen todo a *sustancia práctica*, y por eso no encuentran otro argumento esencial que el de establecer una comparación, nunca más odiosa, en verdad, entre los que consideramos la vida como un alto ideal humano, al que hay que rendir todos los sacrificios y todas las abnegaciones, y aquellos otros que se sitúan en el mundo de los demás, como unos matuferos sin conciencia, como hombres de presa que se nutren, sin saberlo, de la generosidad ajena. No se dan cuenta de que sin esa generosidad *de los otros*, ellos no podrían encontrar la manera de acumular riquezas, de nutrirse bien, ni tampoco la de sentirse rectores *interesados* de los demás, para recomendarles una conducta de austeridad, de mucho orden en todas las cosas, de mucho cálculo, de muchos sacrificios.

H. P.—¡No hombre, no! Ustedes equivocan el juicio al juzgar a los hombres prácticos. Ya vé cómo también nosotros nos sentimos generosos. Queremos mejorar la vida de nuestros semejantes, señalándoles la *receta* que nos ha servido a nosotros para triunfar.

I.—No diga usted blasfemias; ni usted, ni los de su especie, pueden pronunciar la palabra generosidad. Desconocen en ab-

soluto su contenido y su significado. La posición social de ustedes es siempre egoísta. Su «receta» no puede servir para todos. Carecería entonces de aplicación. Como los vivos se nutren a costa de los tontos, ustedes, los hombres prácticos, pueden existir, porque a pesar de ustedes y de todas las monstruosidades sociales elaboradas para todas las conveniencias, todavía quedan bastantes hombres buenos que estiman y proclaman y practican sus normas de vida de muy distinta manera. Si usted no lo sabe, piense que de ser todos hombres prácticos, el mundo sería, en efecto, aunque no le falta mucho, una jauría de lobos que tendrían que disputarse las pizanzas a dentelladas, como dijo hace un siglo un tal Hobbes que calificaron sus contemporáneos de loco y de visionario.

H. P.—La ley no es más que una. Los fuertes tienen que hacer perecer a los débiles. Se ha visto siempre, y por último, en la guerra europea, que ojalá hubiera durado un par de años más para redondear mi fortuna. Esa ley del más fuerte la proclamó un alemán que yo no conozco, pero que me parece un gran hombre, casi tan grande como La Cierva.

I.—¡Ah! De manera que usted se enriqueció con la guerra. Es usted un *nuevo rico*. ¡Y le habrán parecido admirablemente las matanzas enormes que restaron al trabajo del Mundo cerca de diez millones de jóvenes!

H. P.—¡Ya lo creo!

I.—Usted es un hombre absolutamente despreciable. ¿Qué le hubiera parecido si en los campos de Flandes, por ejemplo, le hubiesen matado a usted dos hijos, porque la Patria hubiera demandado el sacrificio de sus vidas?

H. P.—Hombre, lo de las vidas de mis hijos me hubiera parecido mal. Mis hijos están bien dentro de los negocios que su padre les ha planteado. Y saben ganar mucho dinero. Por lo demás, crea usted que yo también soy patriota. El Ayuntamiento de mi pueblo ha abierto una suscripción, para reparar una de las enormes injusticias de nuestro Estado, que apenas si sabe más que cobrar, y los periódicos han publicado mi nombre se-

ñalando la cuota de cinco pesetas. Para dar ya es bastante, porque yo soy esclavo de mis costumbres y de los números. Para gastos personales, vicios más o menos discretos ¿sabe usted? yo necesito una cantidad fija. Y no sería justo cercenar esa cantidad para hacer una limosna. En esto de limosnas también tengo mi capítulo y hasta mis pobres, que a cambio de varias «perras» al mes, me prestan sus buenos servicios, porque mis pobres no pueden ser tullidos.

I.—Usted no puede tener la menor noción ni de la Caridad, ni del Patriotismo, ni del Estado, ni de nada. Es usted un gran egósta, una calamidad social.

H. P.—¡Bah! Déjeme usted de calamidades. Yo soy lo que soy. Usted sabe mucho y es muy bueno, pero anda usted a trompicones con la vida. Su firma no vale nada en los grandes centros de crédito. Yo soy allí, donde me importa y donde se ven los *hombres*, una personalidad.

I.—(En un soliloquio desesperante). Esto que dice este bípodo sin entrañas y sin corazón, es una triste verdad. La Vida, la gran Vida humana, es como han querido los egófstas que sea. Ellos la definen y la regulan de hecho y de derecho. Cuesta mucho trabajo ser honrado. Triunfan, a las veces, los sinvergüenzas y los osados. Se cansan y sucumben los que quieren una Humanidad mejor. Pero ellos dejan una estela, sin la cual la quiebra de la actual corrompida civilización, sería mucho mayor. Wells no hubiera podido expresar sus temores para el porvenir. Tendría que haber nacido el nuevo Dante que expresara todas las injusticias y todas las tragedias que ha creado la falta de un ideal verdaderamente humano entre todos los hombres.

Y la dignidad y la honradez, y todas las grandes virtudes morales, no pueden estorbar sino a la gentuza. Pensemos en que el Mundo marcha hacia lo mejor y consolémonos con esta perspectiva invisible.

JOSÉ MARÍA PALACIO



## LA PRIMERA CANA

A MI AMIGO ALFONSO ORDAX (1)

Broma parece, Alfonso, del destino;  
pero broma, si lo es, algo pesada.  
Un tercio hemos andado del camino  
y digan lo que quieran, yo imagino  
que éste se hace peor cada jornada.

Veinte años han pasado  
hora por hora ya, día tras día,  
desde que en un momento infortunado  
con la ayuda de un médico afamado  
abrí los ojos a la luz del día.

¡Oh! ¡nunca les abriera!  
¡Cuántas cosas con ellos he mirado  
que haber visto, por cierto, no quisiera!  
Desde el salvaje rostro colorado  
de mi nodriza, sensación primera  
de aquellas embrionarias sensaciones,  
¡ay! cuántos de esos fiascos  
que llaman los poetas decepciones  
y en lenguaje trivial llamamos *chascos!*

El tiempo su carrera precipita;  
como llegar al término anhelando  
más cada vez, las horas nos limifa,  
de la existencia el círculo estrechando.

La rápida pendiente  
que hacia la tumba lleva,  
huir fugaz bajo los pies se siente.

---

(1) Esta poesía de Ferrari, puede decirse que desconocida, se publicó en *La Ilustración de Madrid* de 1871, cuando el poeta vallisoletano tenía 21 años. Iba precedida de estas palabras: «Nuestro periódico, que desea estimular y dar aliento a los jóvenes que dedican toda su aplicación e inteligencia al cultivo de las letras, estampa hoy con mucho gusto en sus columnas la siguiente composición, primera de su joven autor que ve la luz pública.» Esto era erróneo, pues Ferrari había ya publicado poesías en los periódicos de Valladolid.

En su solemne giro  
acelera el horario el movimiento;  
la humanidad precipitada miro  
andar y andar sin fregua ni momento;  
y apagando en un cántico un suspiro  
para calmar la sed enardecida,  
beber su sangre y aspirar su vida.

Mas perdona si elevo  
de mi rastrera poesía el tono  
y hasta hacer el filósofo me atrevo;  
es un vicio tenaz que me domina  
y que aquí mi inmodestia, hasta me inclina  
a pensar si podría por acaso  
ser un poco del caso.

Pues aunque asaz difuso y digresivo,  
no deja al fin de ser algo oportuno  
encajar unas cuantas reflexiones  
sobre tan gran motivo  
como el haber hallado esta mañana  
en mi cabeza la primera cana.

Así es que yo me encierro en mi manía;  
y aunque frunzas airado el entrecejo,  
te he de dar a rumiar filosofía.  
El hombre, de su siglo es el reflejo;  
y en esta sociedad gastada y fría  
es, corriendo a su fin, día tras día  
de niño joven, y de joven viejo.  
Al terminar apenas la alborada  
de una existencia por la luz bañada  
de dulce poesía,  
cuando aun el alma sonreir debiera  
del aura de la vida al dulce halago,  
más que el cristal de la corriente pura,  
cuando un concierto vago  
tan sólo oír debiera

el confuso rumor de sus deseos,  
 dormida en lecho de entreabiertas flores,  
 acariciando alegres devaneos  
 y soñando dulcísimos amores,  
 ¡ay! siento ya fatiga y amargura,  
 y creo poco en lo que amaba tanto.  
 Menos lágrimas tengo y más quebranto  
 y en mis cabellos a brillar se atreve  
 audaz un copo de temprana nieve.

¿Cómo hubiera podido nuestra abuela  
 concebir un mamón de veinte abriles  
 ingerto en un perfecto *currutaco*,  
 que ha poco tiempo abandonó la escuela  
 y enumera sus víctimas a miles,  
 y que huele a tabaco,  
 a quien traición han hecho sus quimeras  
 y está descolorido, y tiene ojeras?

.....  
 ¡Ay! que no tiene edad el sufrimiento,  
 y cuando agita la pasión el alma,  
 cuando se huye la calma,  
 cuando en el pecho la tormenta ruge  
 y arrojada a los vientos de la vida  
 nuestra barquilla cruje  
 desecha y sacudida,  
 antes de tiempo se envejece entonces,  
 y coronan las canas nuestra frente  
 como en las luchas que en la mar se enconan  
 las olas fatigadas se coronan  
 del blanco encaje de su espuma hirviente.

POSTDATA.—Por si acaso  
 te ocurriese pensar que es este tema  
 el mismo de un fragmento del poema  
 que más honra tal vez nuestro Parnaso,

y asunto parecido es el profundo  
de un canto sin igual del *Diablo-Mundo*,  
te juro que no había yo intentado  
quitársele jamás; ni me acordaba  
de que un día Espronceda al afeitarse  
(que también Espronceda se afeitaba)  
la barba sin color se hubo encontrado,  
y si cual yo, también una mañana  
topó con una cana.

Si mis cabellos de ébano y de seda  
se vuelven blancos porque quieren ellos,  
yo no plagio a Espronceda...

Los que le plagian ¡ay! son mis cabellos.

EMILIO FERRARI



## NUPCIAS <sup>(1)</sup>

---

DE MIGUEL DE PALOL

La tarde de oro en el confín declina,  
mientras triscan los potros en el prado;  
libres y henchidos de ansiedad divina,  
dos jóvenes pastores se han casado.

Como en el friso de ánfora aretina,  
un perfume de nupcias, que ha aromado  
la vaguedad de la hora ponentina,  
la yeguada rijosa ha encabritado.

La novia, al percibir en la alameda  
el susurro carnal del aura leda,  
del esposo acaricia las dos manos,

---

(1) De la lectura de poetas catalanes dada en el Ateneo de Valladolid.

Y sonríe al pensar si, con sus bodas,  
centauros parirán las yeguas todas  
y estrellas nacerán de los manzanos...

## EL NOMBRE DE LA MARÍA

---

DE JOSÉ MASSÓ Y VENTÓS

Tan bien te puso el nombre de María,  
quien te auguró, mujer, una hermosura,  
que otro nombre tan bien no te caería,  
por su simplicidad y su dulzura.

Creo que aquella Madre, que es tan bella,  
cuyo nombre tocaya te proclama,  
un rayo vierte de su faz de estrella  
en cada nena que cual tú se llama.

Cuando, al atardecer, alguien te nombra,  
la dulce melodía al campo asombra,  
repitiendo tu nombre el prado uncioso;

Y cada corderillo, que tú cuidas,  
al oírlo en las yerbas florecidas,  
bala y cierra los ojos voluptuoso...

Tradujo,

ZACARÍAS YLERA

# La Historia Secular y Eclesiástica de Valladolid

de MANUEL CANESI ACEBEDO

---

*(Continuación)*

Este fue el fin de a quel poco afortunado Principe de España, hijo de Valladolid, habiendo sido jurado en Toledo, el año de mill, quinientos, y sesenta, y a los quatro dias despues de su nacimiento, que fue a doce de julio Domingo, del año de mill, quinientos, y quarenta y cinco, murió su Madre, la Reyna D. Maria de sobreparto, según vnos, por haberse mudado de ropa, o conforme otros, por haber comido vn limón, como assi entre muchos lo dice el Señor Sandoval, en su 2.<sup>a</sup> P.<sup>e</sup> lib. 27. Folio 527, y su cuerpo fue depositado en el Comvento de S. Pablo de esta Ciudad de Valladolid, donde se celebraron sus Honrras con funebre pompa magestuossa, y dijo la Missa el Cardenal D. Juan Tavera, y despues en el año de mill, quinientos, y quarenta, y nueve a seis de Marzo, sacaron de este insigne Comvento sus cenizas, y fueron llevadas a Granada, consultando con el Serenissimo Rey de Vohemia, que, como he dicho, governaba en Valladolid estos Reynos, y la forma en que habia de ser, y el acompañamiento, se ordeno assi: El Rey, luego los Grandes, y personas de Titulo, y Prelados â su mano derecha, y a la idquierda, despues de ellos, el Consejo Real a vna parte, y otra despues a la derecha del Consejo, el de Aragon, el de Indias, y Hordenes, y â la idquierda de el de Castilla, el de la Inquisicion, y luego el Presidente, y Oydores de la Chancilleria, y junto a ellos los Contadores Maiores, y de quantas y inmediatamente los oficiales de los Tribunales, por su horden, y precedencia; pero agraviandose el Presidente, y Oydores, y los del Consejo de Indias, y otros, no se efectuô, y por esto salie-

ron con el cuerpo, el Rey de Bohemia, los Grandes, los Títulos y Prelados, y solo el Consejo Real de Castilla, como de todo hace memoria el Señor Sandoval en su 2.<sup>a</sup> P.<sup>e</sup> lib. 30, folio 661, en que dice que al Principe D. Carlos le baptizó el Cardenal D. Juan Tavera, en la Capilla que oy es del Palacio Real, y entonces de la Cofradia de nuestra Señora del Rosario, y que le pusieron por nombre Carlos, en memoria del Emperador su Abuelo.

Viudo el Rey D. Phelipe II. la primera vez, se mantubo assi nueve años, hasta el de mill, quinientos, y cinquenta, y quatro, que passó á segundas nupcias, con D. Maria, Reyna de Inglaterra, su Tia, hija de Enrrique VIII, y de la Reyna D. Catalina, su Muger, Infanta de España, y se efectuaron las vodas en Valladolid, a diez, y ocho de Mayo, de mill, quinientos, y cinquenta, y dos, con mucha variedad de regocijos, y luego partió aquel Monarcha de esta Ciudad, y embarcandose en la Coruña a trece de Julio, se cassó con aquella señora, en Vincherre, a veinte, y cinco de él, del año de cinquenta, y quatro, algunos llaman á este lugar Vinchestre, habiendo desembarcado primero en el puerto de Antona, cinco leguas distante de él, y entonces quedó por Governadora de estos Reynos en Valladolid, como dije en el libro V. la Princesa D. Juana, su hermana, Reyna viuda de Portugal, por muerte del Principe D. Juan, su Marido, quienes procrearon al Rey D. Sebastian, y el lazo matrimonial del Rey D. Phelipe, desató la muerte de aquella Señora en vreve, por haber fallecido en el año de mill, quinientos, y cinquenta, y ocho; y la sepultaron en el Monasterio de S. Pedro, y S. Pablo de la Corte de Londres como asi entre muchos lo refiere el Ill.<sup>mo</sup> Sandoval, en su 2.<sup>a</sup> P.<sup>e</sup> lib. 31 Folio 756, y siguientes.

En el mismo año de cinquenta y ocho, por el mes de Enero, salio de esta villa en Valladolid, la Reyna D. Leonor, hermana del Cesar Carlos V. y mandó en su testamento ciertos Pueblos que tenía en Vorgoña por via de dote a la Infanta D. María su hija, y de D. Manuel Rey de Portugal, como expressa la Historia de España, en el Sumario, Folio 599.

Tambien murio en el propio año en la villa de Zigales, a diez, y ocho de Octubre, la Infanta D. Marfa Reyna de Vngrfa, y Vohemia, hija del Rey D. Phelipe I. y de la Reyna D. Juana, Madre del Emperador, que estuvo casada con Luis Rey de Vngrfa, y Vohemia, y Valladolid hizo las Honrras de difuntos en la Sancta Iglesia Colegiata.

Niaño Veltran de Guzman, tambien murio en Valladolid aquél año, fue Presidente, y Gobernador de la Nueva España, y Capitan General, y Gobernador de la Provincia de Panuco, donde descubrió mucha tierra, el año de mill, quinientos, y veinte, y nueve.

Por aquel tiempo, aunque algunos dicen que por los años de mill, quinientos, y cinquenta, y cinco, estuvo en Valladolid aquel V. Varon Gregorio Lopez, hijo de la Villa de Madrid, y sirbio en esta Ciudad a vn Cavallero de Paje, y de ella partio a Guadalupe, y de allí a la Nueva España, y estando en Mejico, se retiro â Sancta Fee donde fueron muchas las penitencias que hizo, y murio Sabado a medio día, veinte de Julio de mill, quinientos, y noventa, y seis, á los cinquenta y quatro años de su edad, habiendo vivido los treinta, y tres en vna soledad, fue su cuerpo depositado en la Iglesia Parroquial de Sancta Fee, junto al Altar Maior, al lado del Evangelio; escribieron su vida el Licenciado Francisco de Lossa, Cura de la Iglesia Cathedral de Mejico, y el P. F. Alphonssso Remon, de la Horden de la Merced, Gil Gonzalez Davila, y el Licenciado Geronimo de Quintana en la Historia de Madrid, Folio 163, y siguientes.

Viudo segunda vez el Rey D. Phelipe II. el año de mill, quinientos, y cinquenta, y ocho, en que murio tambien el Emperador su Padre, a poco tiempo cassó tercera vez con D. Isabel de Valois, ô de la Paz, apellidada assi por la que traxo á España, hija del Rey de Francia, Enrrique II. y de Madama Catalina de Medicis, Condesa de Azeranges, y Alvernia, y se celebraron estas vodas en Guadalaxara, a treinta, y vno de Enero, de mill, quinientos, y cinquenta, y nueve, aunque Haro lo lleba mas a la larga, pues dize que fueron al año de mill, y quinientos, y se-

senta, y seis: pero juzgo que es manifiesto error, y de este consorcio nació en Madrid, aunque lo mas cierto es que en el sitio de Valsain, la Infanta D. Isabel Clara Eugenia, á doce de Agosto de sesenta, y seis, que despues bino á casar, en el de mill, quinientos, y noventa, y nueve, con su Primo hermano el Archiduque Alberto, Cavallero del Toyson de oro, hijo del Emperador Maximiliano II. y de la Emperatriz D. Maria, y tambien nacio de este matrimonio en Madrid, la Infanta D. Catalina, Viernes diez de Octubre del año de mill, quinientos, y sesenta, y siete, y cassó en el de ochenta, y cinco, a diez, y ocho de Marzo, con Carlos Emanuel, Duque de Saboya, y procrearon nueve hijos, el primero a Phelipe Emanuel, Principe del Piemonte, que nació en la Corte de Turín, el año de mill, quinientos, y ochenta, y seis, y murió en Valladolid, en el de mill, seiscientos, y cinco, en edad de diez, y nueve años, su oroscopo fue a tres de Abril, y de esta Ciudad le trasladaron al Escorial, y la Reyna de España D. Isabel de la Paz, passó de esta vida a otra mejor, en Madrid, Domingo a medio día, tres de Octubre, de mill, quinientos, y sesenta y ocho, en edad de veinte y tres años, yace tambien en el Escorial.

PEDRO AGUADO BLEYE



## REGISTRO BIBLIOGRÁFICO

JUAN MILLÉ Y JIMÉNEZ: *De la España Vieja*.—Buenos Aires, 1925.—Millé y Jiménez es uno de los eruditos que, lejos de España, trabajan con más brillantez sobre asuntos españoles. Sus estudios sobre Lope de Vega encierran mérito excepcional. Pero Millé es además poeta, y bajo el título citado arriba ha exhumado algunos versos de su mocedad. Son versos de la buena cepa, en cuyas estrofas se entrelaza el festoneado de nuestras viejas catedrales y repercute el eco de los romances fronterizos. Versos, en fin, de un poeta españolísimo.

✻ NICOLÁS MORILLAS: *Eduardo de Ory y su labor literaria*. Cádiz, 1923.—En este libro ha recopilado el Sr. Morillas los juicios más importantes que acerca de Eduardo Ory, igualmente reputado en el campo de la poesía que en el de la crítica, han formulado críticos notables de España y América. Aparece así de manifiesto la relevante labor realizada por el poeta gaditano, y las palabras de especial elogio que ella ha merecido a propios y extraños.

✻ CAYETANO COLL Y TOSTE: *Leyendas puertorriqueñas*.—San Juan, 1924.—La fecundísima obra del doctor Coll y Toste, director del *Boletín Histórico de Puerto Rico*, le ha creado sólida y merecida fama. A más de sus obras históricas, de tanta importancia para aquella Antilla, tiene otras de amena literatura, y entre ellas se halla la que últimamente ha publicado, bien que se inspire en la fuente de la tradición. Es una serie de leyendas llenas de atractivo, y que abarcan todas las épocas de la historia puertorriqueña, a partir del siglo xvi. Un prólogo de Carlos N. Carreras hace del doctor Coll el condigno elogio.

✻ EDUARDO VAN DER BIEST: *Los ojos verdes. Poemas de alucinación*.—Málaga, 1923.—Bellos son estos versos, llenos de misteriosa sugestión. La obsesión de los ojos verdes sigue al poeta y le hace hablar, en rimas luminosas y zigzagueantes, del presentimiento de los ojos verdes, de la epifanía de los ojos verdes, del perdón de los ojos verdes, de la quimera de los ojos verdes... Salvador Rueda, en la carta que precede al libro, dice que éste es «acabado modelo de peregrina creación y de idea fundamental.»

✻ AUGUSTO DE LACERDA: *O Pasteleiro de Madrigal. Tragicomedia en 5 actos*.—Lisboa, 1924.—Esta obra, que obtuvo el premio en el concurso oficial celebrado en 1921, se basa en el asunto, tan grato a los autores dramáticos, del famoso Gabriel de Espinosa. Ha sabido el Sr. Lacerda darle un giro muy interesante, que justifica plenamente el galardón concedido a su

obra. Los caracteres están suelta y vigorosamente trazados, especialmente el del protagonista, el de fray Miguel de los Santos y el de Inés Cid. Es, en suma, una producción de mérito relevante.

☞ ALFREDO GIANNINI: *Don Chisciotte della Mancia*. Firenze, 1924.—*La Stella di Siviglia*. Firenze, 1924.—Es Alfredo Giannini un hispanista merifísimo, y así lo ha demostrado en diferentes obras, a cual más notables. Ahora ha publicado casi simultáneamente la traducción del *Quijote* y la de *La Estrella de Sevilla*.

La gran novela cervantina no tenía en Italia más traducciones que la de Franciosini (1622-1625), deficiente en muchos puntos y hoy anticuada, y otra posterior, mediocre. Giannini ha tenido en cuenta los mejores textos y los más autorizados comentarios al *Quijote*, y por ello su versión resulta insuperable,

Para *La Estrella de Sevilla*, Giannini se ha servido de la reciente edición crítica de Foulché-Delbosc, que reproduce juntamente con la traducción italiana. En un prólogo muy notable, Giannini acepta, como no podía menos, el peso de la argumentación áducida por Foulché-Delbosc para demostrar que *La Estrella de Sevilla* no debe creerse escrita por Lope de Vega.

☞ LUIS DEL VALLE: *Nuevo Emocionario*. Zaragoza, 1924.—Nuestro paisano Luis del Valle, catedrático de la Universidad de Zaragoza, se formó en una generación de vallisoletanos talentosa y pujante, de la que salieron poetas, novelistas, oradores, políficos, científicos, pintores, escultores... Hombre de ciencia Luis del Valle, es también crítico notable, y es poeta de concepción noble y luminosa. Tal aparece en sus anteriores libros de versos, y tal en este *Nuevo Emocionario*, que en pequeño espacio contiene mucha cantidad de emoción. El alma de Luis del Valle es compleja, y palpita en las páginas de su lindo libro.